



Academia de Historia del Magdalena

Con personería reconocida mediante Resolución 1765 de 12 de diciembre de 1963, expedida por la Gobernación del Magdalena y Nit 900555570-3 de la Cámara de Comercio de Santa Marta

EL CENTRO HISTÓRICO DE SANTA MARTA: EVOLUCIÓN Y CONSOLIDACION

Por: Álvaro Ospino Valiente



Centro histórico de Santa Marta, 2012

Santa Marta es una ciudad que a lo largo de sus casi cinco siglos de existencia, ha vivido de momentos históricos marcados en el intento de fortalecer su economía con una actividad, que podemos leer en su arquitectura y en el desarrollo de algunas áreas urbanas. Desde su génesis siempre se mantuvo aislada y despoblada por factores geopolíticos, no obstante su privilegiada posición geográfica que pudieron haberla constituido en unas de las principales ciudades del Caribe.

La consolidación de la vieja ciudad que hoy se reduce al actual Centro Histórico de Santa Marta, fue un proceso largo, lento y traumático. De aquel incipiente villorrio con casas construidas con los materiales que ofrecía el medio natural, como troncos y varas para levantar los muros o paja para la cubierta, sólo quedó el registro de las ocho veces que la resarcieron de las cenizas después de los incendios provocados por los indígenas en 1531 y 1573, más los saqueos incendiarios de corsarios y piratas en 1543, 1555, 1559, 1586, 1655 y 1658, oportunidades aprovechadas para rectificar algunas consideraciones urbanas y ambientales que la experiencia les indicaba, como asentarla en el lugar más favorable del llano y retirarla un poco más de la playa. La última reconstrucción que configuró la morfología de la trama urbana actual, fue la realizada por el obispo Francisco de la Trinidad y Arrieta en 1662, que se consolidaría en la primera mitad del siglo XVIII cuando disminuye la presión de los enemigos de España sobre el mar Caribe.

A partir de 1580 con el gobernador Lope de Orozco, se inicia una nueva etapa en las tipologías arquitectónicas con la incorporación del ladrillo y la teja en los sistemas constructivos, pero aún se mantiene la forma de construir viviendas con materiales del medio natural. A mediados del siglo XVII en el perfil de Santa Marta se destacaban los edificios religiosos como la Iglesia Mayor en la Calle de San Francisco construida en mampostería de ladrillo, piedra y cal por el obispo Sebastián de Ocando, la Iglesia San Francisco en la misma calle y el Convento de Santo Domingo, que sobresalían de los techos de paja o teja de las pocas casas existentes; también se resaltaban la Casa Obispal y la Casa del Gobernador. De la misma manera los edificios militares, el Fuerte de San Juan de las Matas y Fuerte de San Vicente, apostados en la playa. Estos edificios fueron destruidos en su totalidad por uno de los últimos asaltos, pero catalogado como el más destructivo, perpetrado por el vicealmirante inglés William Goodson, que originó su reconstrucción en 1662.

A todo esto se suman los temblores de 1683, 1750, 1751 y 1752, este último afectó la iglesia Mayor. Esta realidad era el resultado del poco interés de la Corona española en protegerla de los continuos asaltos de corsarios y piratas que no dejaban crecer su población, ni desarrollar su economía. Un poblado que vivió por casi dos siglos y medio, bajo el temor del sonido aterrador del fotuto (especie de caracol que los centinelas utilizaban como alarma), el tropel angustioso de los hombres para organizar una defensa estéril y la huida de mujeres con sus hijos para refugiarse en los montes circunvecinos. Por ello no desarrolló una economía, que en últimas esa pobreza se reflejaba en su precaria imagen urbana. A partir de 1660 comienza el desfile de ingenieros militares, cuya misión era diagnosticar el estado de la ciudad y sus defensas, entre estos: Juan Betín, Francisco Ficardo Fecit y Carlos Briones. En el siglo XVIII tenemos a los ingenieros militares: José de Lara (trajo alarifes de Sevilla), Antonio de Arévalo, Manuel Hernández, Juan Cayetano Chacón, Antonio de Narváez, Agustín Crame, Antonio Marchante, el maestro de carpintería Vicencio de Hebraht y Andrés de Castillo, este último en el siglo XIX.

La primera mitad del siglo XVIII, presentó un panorama distinto a los siglos anteriores. Una ciudad con una malla urbana en proceso de consolidación con sus calles alineadas y cuyas longitudes más largas, estaban orientadas hacia el norte y sur, evitando de esta manera el fuerte sol del este (naciente) y oeste (poniente) en sus fachadas; este planteamiento es heredado del urbanismo islámico. Tenemos el testimonio de José Nicolás De la Rosa que en 1725, nos revela la existencia de siete calles: *la Calle de Mamatoco (11), Calle de la Mar (12), Calle de la iglesia Mayor (13), Calle del Cuartel (14), Calle de La Acequia (15), Calle de Santo Domingo (16) y Calle de La Veracruz (17); cruzadas por otras varias, entre ellas la*

Calle de Madrid (actual Carrera 2), que era el camino principal utilizado por los samarios para ir al río Manzanares. También nos da noticia de la forma de las casas... Los edificios que componen la ciudad son todos bajos, por temor a la recia brisa. De la misma manera nos informa sobre la utilización del principal espacio público de la ciudad en dicha época... Su Plaza Mayor es tan capaz en cuadro, que con mucho desahogo se corren toros en ella.

La misma condición de ciudad aislada del contexto europeo durante los tres primeros siglos, contribuyó a la conservación de muchas costumbres españolas y a prolongarlas durante las primeras décadas de la república, como el diario baño matinal al río Manzanares, eso explica la carencia de aljibes o cisternas (albercas) en la vivienda samaria de época colonial. Los espacios públicos durante esta época tenían un alto significado práctico o de uso. Las calles y plazas se convertían en el escenario habitual para los desfiles de las procesiones religiosas o los festejos por orden real, que era una de las formas de suspender la monótona vida cotidiana.

Respecto a la conexión de la ciudad con las poblaciones indígenas circunvecinas y playas de desembarco a través de los caminos o trochas habían siete: el camino de las abras de Santa Ana que conduce al fuerte de San Antonio que dominaba la bahía de Santa Marta y la bahía de Taganga, el camino a las salinas del norte de la ciudad, el camino a playa Lipe y fuerte de San Fernando, atravesando el río Manzanares, el camino a Gaira por la actual avenida Bavaria, saliendo por el puente de la Platina, el camino a Taganga y el camino a Mamatoco y Concha, registra dos caminos, uno por los lados de la avenida del Libertador y otro más, por los terrenos de la coquera. La ciudad que reflejaba su baja transcendencia geográfica, social y política y económica que tuvo en los territorios de ultramar durante los siglos XVI, XVII y de primera mitad del siglo XVIII, tiene un notorio progreso entre los años de 1759 y 1808. La monarquía española por fin vuelve sus ojos a esta ciudad, cuya razón de ser en el pasado era evitar el contrabando propicio en sus playas dilatadas; ahora con las políticas implementadas en las reformas borbónicas, se desarrolla una significativa actividad portuaria. Esta resurrección social, portuaria, económica, urbana y arquitectónica, se reflejó en su crecimiento urbano organizado. De aquella ciudad que en 1766, contaba más que con 15 casas bajas. 2 altas: Cabildo (Casa Consistorial) y la de don Miguel de Vergara, con una plaza Mayor y dos plazuelas, ocho calles delineadas de oriente a occidente, cortadas por otras dos casi en ángulo recto y algunas callejuelas, pasó a nueve calles en 1793. Esta trama partía de la Calle de Mamatoco (11) hasta la Calle de la Carnicería (19), cruzadas por cinco callejones. Tenía 27 manzanas consolidadas con menos del 20 % de lotes libres, 9 manzanas con el 50% consolidado y 20 manzanas delineadas con un incipiente porcentaje de área construida; contaba además con la Plaza Mayor y dos plazas menores: San Francisco y Catedral.

A nivel urbano se rectificó el problema de la inundación de la ciudad por el río Manzanares, erradicaron los hornos de cal y ladrillos del centro. Se ejecutaron obras de urbanismo: la alameda frente a la playa, la acequia abierta para llevar agua del río Manzanares a la fuente de la Plaza Mayor y el fomento de los rosales para los cultivos aprovechando la rectificación del río. Edificios civiles como la construcción de la Fabrica Real de Aguardiente por fuera del contexto urbano, que producía grandes tributos destinados a las obras religiosas. De los edificios religiosos tenemos: Catedral, Iglesia y Convento de San Juan de Dios que servía como Hospital, Iglesia y Convento de Santo Domingo, Iglesia y Convento de San Francisco y el Cementerio San Miguel Arcángel. Respecto a los edificios militares, se realizaron pequeños refuerzos a los Fuerte del Morro, Fuerte de San Fernando, Fuerte de San Antonio; también un Almacén de Pertrechos, el Cuerpo de Guardia del Espino y el Cuartel de Artillería. Además de estos importantes edificios, se construyeron

muchos inmuebles de uno y dos pisos, destinados a familias samarias que acrecentaban su patrimonio económico e inmigrantes catalanes con grandes intereses comerciales. A nivel arquitectónico notamos una tendencia en el uso de la cubierta de azotea.

Este momento histórico de lenta prosperidad de casi medio siglo, fue interrumpido por el proceso de independencia de la Madre Patria. Esa fue una de las razones por la cual esta ciudad no acogió las banderas de la revolución política, actitud premonitrice que el tiempo se encargaría de demostrar, porque después de la independencia de España y en el nacimiento de la república, Santa Marta entra en un trance aletargado, estaciona su crecimiento y vive momentos de depresión económica; es decir vuelve al círculo que creía haber superado con el gobierno monárquico. Sin considerar los retornos de familias a España, las bajas y los exilios ocasionados por la guerra de independencia, la población de Santa Marta aumentó un 35% en un poco más de tres décadas; es decir, de los 3.598 habitantes que tenía en 1793, aumentó a 4.867 habitantes en 1829 y posteriormente a 5.929 habitantes de 1835. Ese mismo proceso rebelde afectó su imagen con la destrucción de numerosos inmuebles con la retoma de los indios de Mamatoco y Bonda en 1823, que se resistían al nuevo gobierno republicano.

El censo de 1829 nos informa que la ciudad estaba dividida en dos distritos parroquiales: Catedral y San Miguel. Contaba con 9 casas altas de azotea, 18 casas altas de tejas de cañón, 17 casas bajas de azotea, 356 casas bajas de tejas de cañón, 300 propiedades con una habitación, la mayoría sin piso. Entre los edificios públicos figuraban: la Catedral, iglesia de San Miguel y cementerio de la ciudad, dos conventos regulares franciscanos y dominicos, un convento de San Juan de Dios que servía como hospital, un seminario, dos cuarteles militares de infantería y artillería, una casa de gobierno, una pequeña casa de ayuntamiento cuya planta baja servía de cárcel, una casa de administración de correos, una casa de administración de tabaco, una aduana, una tesorería que despachaba en una casa particular y una carnicería pública (mercado). Si el siglo XVIII, fue la época de la resurrección urbana, económica y aumento poblacional, el siglo XIX fue de los eventos naturales y políticos. En esta centuria la ciudad entra en un trance de crisis urbana y se producen varios eventos que la llevarían a estacionarla por casi un siglo. Muchos de estos inmuebles desaparecieron tras el terremoto de 1834, otros sucumbieron a los embates de la artillería durante las revueltas civiles entre 1860 y 1879; además se frena el crecimiento poblacional.; por ejemplo, el censo de 1843 registra la residencia de 4.411 personas en la ciudad, que se redujo por causa de la epidemia del cólera a 4.340 habitantes en 1851, esto nos permiten dimensionar los estragos producido por esta epidemia mundial de 1849.

El panorama urbano era desolador, calles rectas, angostas y polvorientas, en cuadradas por dos hileras de casas bajas pintadas de blanco con cubierta de teja a dos aguas, orientadas al interior y exterior de la propiedades, que por encima de ellas se empinaban las torres de las iglesias y las pocas casa de dos pisos. Alrededor el espesor del verde bosque que rodeaba a la ciudad, contrastando con la impronta pétrea de sus cerros; impresión observada por los viajeros que pernoctaron en esta ciudad. Las crisis económica que vivió la ciudad a finales del siglo XIX, impidió recuperar esas cicatrices de su reciente pasado reciente. Este hecho produjo que hacia 1871 cuando contaba con 5.742 habitantes, sufre una fuerte emigración de familias que buscan nuevos horizontes donde establecer sus actividades comerciales. Bajo esta situación aparece el proyecto del ferrocarril y con él, una nueva actividad económica: el banano, que contribuye a la transformación de la dinámica urbana de Santa Marta. Esta empresa férrea tuvo la participación profesional de ingenieros como: Lorenzo Luaces, Robert Joy y William Charles Cooperthwarte; otro aporte en esta gama de personalidades, estuvo en el proyecto

de dotar a Santa Marta con servicio eléctrico a cargo del ingeniero L.O. Flye. Es importante recordar otro evento natural que deterioró 129 casas, fue la inundación del río Manzanares que en 1894.

La comercialización del banano se tradujo en un crecimiento poblacional de la ciudad se dispara considerablemente producto de las corrientes migratorias, de las 9.568 personas que residían en 1905, pasa a 8.348 habitantes en 1912 y se duplica a 18.040 residentes en 1918. Este aumento de la población se reflejó en la construcción de inmuebles y en la configuración de nuevos sectores urbanos; además en nuevas formas arquitectónicas con **nuevo estilo de vida de los samarios, que llamaron “progreso”, época económica anhelada** después de sufrir una fuerte depresión económica originada por la supremacía de la ciudad de Barranquilla en la actividad portuaria. Un nuevo ropaje en el lenguaje estilístico vino a embellecer las formas de las edificaciones existentes, muchos inmuebles con la muda racionalidad de la vieja ciudad colonial se vistieron con la gloriosa arquitectura de época republicana, falsa epidermis, falso maquillaje de superposición estilística, sinónimo de un nuevo despertar económico, que pretendía borrar un ingrato pasado reciente. Hermosas edificaciones se alzaron donde antes eran lotes yermos, como mejorando aquella sonrisa mueca del paisaje urbano. Al norte, cerca de la estación del ferrocarril aparece la Calle del Comercio donde se construyeron varios inmuebles con fines comerciales. Al sur, se abre **una calle ancha con el nombre de Santa Rita y se construyen exclusivas “Casas quintas”** para familias dedicada a la actividad agropecuaria. Más al sur, los empresarios norteamericanos, levantan el barrio El Prado, con una tipología diferente a manera de conjunto cerrado con todas las comodidades.

Ese mismo progreso modernista y contradictorio de mediados del siglo XX, contribuyó a la desaparición de algunos ejemplos de épocas pasadas, el pensamiento de expresarlo con el trazado de nuevas vías impulsa la idea de conectar el norte y el sur a través de una avenida, ensanchando el estrecho callejón de la carrera quinta. En la medida que se adquirían las propiedades iban cayendo bajo la demoledora depredación de las cuadrillas de trabajadores. Este proceso sacrificó magníficos edificios como la Casa Blanca (Club Social Árabe) y otros de significativas facturas estilísticas. A ello se sumaría la ruptura de arquitectónica que impuso la arquitectura de época moderna, que se inicia en Santa Marta con los edificios para bancos, como la sede de la Caja Congreso de la República declara Monumento Nacional a este sector antiguo con la Ley 163 de 1959 en la cual se dictaron **“medidas sobre defensa y conservación del patrimonio histórico, artístico y monumentos públicos de la nación.”** Apenas la ciudad se sacudía del estacionamiento de su malla urbana y definía su expansión con los nuevos barrios para una población de 47.354 personas en 1951.

Resulta irónico el hecho que a partir de ese año, comienza un proceso de degradación del patrimonio arquitectónico motivado por el uso comercial, que consistió en demoler muchas edificaciones del pasado o deformar sus fachadas por sus fines mercantilistas hasta el año de 1986, cuando por fin se conforma la Filial del Consejo de Monumentos Nacionales por iniciativa de la Academia de Historia del Magdalena. La ley fue letra muerta, hubo total indiferencia por parte de los alcaldes y gobernadores a las disposiciones señaladas, es entendible la mentalidad de la época, cuyo afán era el salto a la modernidad y lo viejo era la admonición de más de cuatro siglos de atraso de la ciudad. Los arquitectos e ingenieros que hicieron un valioso aporte profesional a Santa Marta con sus obras algunas existentes, figuran: Alfredo Camerano, Alfredo Badenes y Knoll, Francisco Gámez Fernández, Daniel Sánchez y, Gustavo Santos Caballero (Cornelissen), que luego integraría la firma con Salzedo. También de influencia italiana con Ernesto Nati en 1928, graduado en el Instituto

Superior de Roma y en la Academia de Bellas Artes de Turín, profesor de arquitectura, ornamentación y escultura, tenía su estudio y taller en la Calle de la Acequia; la firma Molendi Hermanos Constructores en reparaciones y casa quinta, atendían en el Café Inglés en la Calle Grande y Callejón del Teatro Estrella y Antonio Pi y Compañía, contratista y proveedor, que tenía un Departamento de Construcción con clientes tanto del sector oficial como particulares, promovía el uso del vidrio. De la misma época Nelson Daza C., arquitecto estudiado en Scranton. Pa USA, el arquitecto Ricardo A. Vives, arreglo de fachada. Algunos estudiaban en Las Escuelas Latinoamericanas con sucursal en Buenos Aires y Bogotá, con título de constructor. Mención especial al maestro cubano Manuel Carrerá Machado, gran exponente del Art Deco.

Hoy, el Centro Histórico de Santa Marta presenta otra cara. El Ministerio de Cultura se empeña en su recuperación iniciada con sus principales espacios públicos: plazas, parques, calles y callejones, aunque falta un dinamizar toda la zona y en varias líneas de acción. Una nueva atmósfera se respira por ellos, establecimientos de diversión y la aparición de pequeños negocios de propiedad de extranjeros, dan un toque mediterráneo e internacional a nuestro casco histórico.